El convento como hecho histórico
Segundo capítulo del séptimo libro de la segunda parte de *Los miserables*
Victor Hugo
(1802-1885)

El monaquismo está condenado por el triple juicio de la historia, la razón y de la verdad.

Los monasterios, cuando abundan en una nación, son trabas para

moderna, han sido un obstáculo para su crecimiento, y son perjudiciales a su desarrollo. Como institución, como modo de formación para el hombre, los monasterios, buenos en el siglo X, de discutible autoridad en el XV, son detestables en el XIX. La lepra monacal ha carcomido, casi hasta el esqueleto, a dos grandes naciones, Italia y España, luz la una y es-

plendor la otra de Europa durante siglos. En nuestros tiempos estos pueblos ilustres empiezan a curarse, gracias sólo a la sana y vigorosa higiene de 1789.

El convento, el antiguo convento de monjas especialmente, como existía aún al principio del siglo en Italia, en Austria y en España, es una de las más sombrías concreciones de la Edad Media. El

clavos de oro, con gotas de sangre de rubíes en la frente y lágrimas de diamantes en los ojos. Los diamantes y los rubíes parecen mojados, y hacen llorar abajo en la sombra a seres cubiertos con un velo, que tienen el cuerpo martirizado con el cilicio y con la disciplina de alambres, el pecho desollado con los zarzos, las rodillas desolladas con la oración; a mujeres

que se creen esposas, a espectros que se creen serafines. ¿Piensan acaso estas mujeres? No. ¿Quieren? No. ¿Aman? No. ¿Viven? No. Sus nervios se han convertido en huesos; sus huesos se han convertido en piedra. Su velo es una noche tejida. Su aliento bajo el velo parece una trágica respiración de la muerte. Tales eran los antiguos monasterios de España.

Sirvent, declamadores. No sé quién ha descubierto últimamente que Tácito era un declamador, que Nerón era una víctima, y que verdaderamente debíamos compadecernos de «ese pobre Holofernes».

Los hechos, sin embargo, lo desconciertan todo, y son muy obstinados. El autor de este libro ha visto con sus propios ojos, a ocho leguas de Bruse-

las, un recuerdo de la Edad Media que todo el mundo puede tocar en la abadía de Villers: el agujero de una sima, en medio del prado que fue patio de un convento; y a orillas del Dyle, cuatro calabozos de piedra, mitad bajo tierra y mitad bajo el agua. Eran los *in pace*. Cada uno de estos calabozos tienen aún rastros de una puerta de hierro, una letrina y un

ca diferencia de que el muerto era un vivo, ese suelo de fango, ese agujero de la letrina, esas tapias rezumadas ¡qué declamadores!

Impreso en Bogotá

la circulación, establecimientos obstruyentes, centros de pereza puestos allí donde debería haber centros de trabajo. Las comunidades monásticas son, respecto de la gran comunidad social, lo que el muérdago a la encina; lo que la verruga al cuerpo humano. Su prosperidad y su apogeo son el empobrecimiento del país. El régimen monástico, bueno en la infancia de la civilización, útil en

la obra de dominación de la brutalidad por medio de lo espiritual, es malo en la virilidad de los pueblos. Además, cuando se gasta y entra en el período de desarreglo, como que continúa sirviendo de ejemplo, es malo por las mismas razones que le hacen saludable en su período de pureza.

Los claustros han concluido su misión. Útiles para la primera educación de la civilización

claustro, ese claustro, es el punto de intersección de los terrores. El claustro católico, propiamente dicho, está lleno de sombrío esplendor de la muerte.

El convento español es fúnebre sobre todos. Allí se elevan en la oscuridad, bajo bóvedas llenas de bruma, bajo cúpulas vagas a fuerza de sombra, macizos y gigantescos altares, tan altos como una ca-

tedral; allí penden de cadenas, en medio de las tinieblas, inmensos crucifijos blancos; allí se destacan desnudos sobre el ébano grandes Cristos de marfil, más bien que ensangrentados vertiendo sangre, sombríos y magníficos, enseñando los huesos por el codo, los tegumentos por la rótula, la carne por las llagas, coronados de espinas de plata, clavadas con

La España romana era más católica que la misma Roma; el convento español era el convento católico por excelencia; los castigos impuestos a las desdichadas que alguna vez faltaban a sus votos eran terribles; el *in pace* venía a sepultarlas.

Hoy los defensores de lo pasado, no pudiendo negar estas cosas, han tomado el partido de sonreírse. Se ha puesto de moda un modo, có-

modo y extraño, de suprimir las revelaciones de la historia. De debilitar los comentarios de la filosofía, de borrar todos los hechos desfavorables y todas las cuestiones sombrías. Materia de declamaciones, dicen los hábiles; declamaciones, repiten los necios. Juan Jacobo es un declamador; Diderot es un declamador; Voltaire —tratándose de Calas—, Labarre y

tragaluz enrejado, que por fuera está a dos pies sobre el río, y por dentro a seis pies bajo el suelo. Cuatro pies de agua corren exteriormente por la pared. El suelo está siempre mojado. El que vivía en el *in pace* tenía por lecho este suelo. En uno de los calabozos hay un pedazo de argolla soldado al muro; en otro se ve una especie de caja cuadrada hecha de

cuatro losas de granito, demasiado corta para echarse y demasiado baja para estar sentado. Allí se metía un ser humano con una losa encima. Así eran; aún se ven; aún se tocan. Estos *in pace*, estos calabozos, estos goznes de hierro, estas argollas, este alto tragaluz a cuyo nivel corre el río, esa caja de piedra cerrada con una losa, lo mismo que una tumba, con la úni-